

Los profetas y la invitación apremiante de Yahvé

María Enriqueta González Padilla

La vida de los pueblos, como toda vida humana, diría Baudelaire, es objeto de una constante sollicitación: la del bien y del mal. Una lucha a veces sorda, otras espectacular pero siempre tenaz, implacable, que se libra sin tregua, y cuyo botín, según la Biblia, es la conquista del corazón del hombre por Dios o por Satán. La historia de Israel, a nivel nacional y de sus individuos, es de ello palpable ejemplo. Salomón, el rey sabio y magnífico, edifica en la época gloriosa de su reinado el Templo de Jerusalén, cuyo modelo fue la Tienda del Encuentro o Tabernáculo en que Yahvé peregrinaba con su pueblo. Muy distinto a nuestros templos, tenía aquél dos partes especialmente consagradas: el Santo de los Santos y el Lugar Santo. El primero contenía el Arca de la Alianza, y en él sólo podía penetrar el Sumo Sacerdote una vez al año; en el segundo estaba el Altar de los Perfumes, el Candelabro de los Siete Brazos y la Mesa de los Panes de la Proposición. Había, dividiéndolos, una cortina riquísima. Las paredes eran de piedra labrada, pero recubiertas en el interior del templo con maderas preciosas, esculpidas y adornadas con placas de oro.

Alrededor del templo, en construcciones accesorias, se alojaban los sacerdotes. Había además dos grandes atrios: uno interior, en que estaba el Altar de los Holocaustos y la Fuente de Bronce para las purificaciones, y otro exterior o del pueblo.

Este monumento, que se contaba entre las maravillas del mundo antiguo, costó siete años y medio de trabajo, y no se escatimaron en él la plata, el oro y el mármol. Su dedicación duró catorce días y los sacrificios de animales se contaron por millares. Reyes I narra que la gloria de Yahvé descendió en forma de espesa nube sobre los asistentes en aquella ocasión, y que Salomón, como rey sacerdote, recordó solemnemente en su discurso la alianza que Dios pactara con su pueblo en el Sinaí y la promesa de un reinado eterno que hiciera a su padre David. El propio Yahvé se apareció a Salomón y le prometió que aquella casa duraría por siempre si él y sus descendientes marchaban por sus caminos; de lo contrario, dijo, “yo arrancaré a Israel de la superficie de la tierra que les he dado; arrojaré de mi presencia esta Casa que yo he consagrado a mi Nombre, e Israel quedará como proverbio y escarnio de todos los

pueblos”.¹ Ay, ¿quién habría de decir que el propio Salomón en su ancianidad habría de caer en la idolatría? Así sucedió, porque vencido del amor de mujeres paganas que hizo entrar en su harén, habrían de verlo sus súbditos arrodillarse ante Astarté, diosa de los sidonios, ante Milkom, “monstruo abominable de los amonitas” y edificar un altar a Kemós, ídolo de Moab, en el monte que está frente a Jerusalén. ¡Así de flaco y veleidoso es el corazón del hombre!

La Biblia interpreta la historia desde el punto de vista de sus causas primeras y más trascendentales: la relación entre Dios y los hombres. A esta luz conviene leer los acontecimientos que se narran en los *Libros de los Reyes* y en los de las *Crónicas*, que contienen no sólo historia, sino filosofía de la historia expresada no de modo especulativo, sino muy concreto.

86

La consecuencia de la prevaricación de Salomón fue la división de su reino que le fue anunciada de este modo por Yahvé: “Porque [...] no has guardado mi alianza y las leyes que te ordené, voy a arrancar el reino de sobre ti y lo daré a un siervo tuyo. No lo haré sin embargo en vida tuya por causa de David tu padre; lo arrancaré de manos de tu hijo. Tampoco arrancaré todo el reino; daré una tribu a tu hijo, en atención a David mi siervo, y a causa de Jerusalén que he elegido”.²

Esta predicción se cumplió al subir al trono Roboam, hijo de Salomón que no quiso escuchar las quejas del pueblo contra los fuertes impuestos que Salomón les había exigido. Desoyendo el consejo de los ancianos e instigado por jóvenes de su edad, Roboam contestó a esta justa demanda con altanería e insolencia, lo que dio por resultado que todas las tribus del norte, encabezadas por Efraím, se rebelaran contra él y eligieran rey suyo a Jeroboam, un servidor de Salomón que era “hombre de valía”. Sobrevino así un cisma en el pueblo de Dios, y a partir de ese momento hubo dos reinos: el del Norte, o reino de Israel, con capital en Samaria, y el del Sur, o reino de Judá con capital en Jerusalén que permaneció fiel a la casa de David.

Las vicisitudes de estos dos reinos hasta su desaparición a causa de las invasiones y deportaciones de los asirios y de los babilonios en el siglo VIII y en el siglo VI antes de Cristo, respectivamente, es el asunto del primero y del segundo *Libros de los Reyes*. Este periodo se caracterizó por el auge del profetismo, entendiéndose como tal un carisma que existía desde los orígenes del pueblo de Dios, porque profeta es el que proclama con la vida y con la voz la palabra de Yahvé, ya que ha sido llamado a anunciar su mensaje. Moisés fue el más preclaro de los profetas del Antiguo Testamento, y Cristo Jesús lo será del Nuevo. La vocación al profetismo se presentó en muchos personajes insignes como un llamamiento en forma de visión, audición o inspiración, al que no podían resistir.

¹ *1 Reyes*, 9, 7.

² *Ibid.* 11, 13.

El profeta es alguien que ha tenido una profunda experiencia de Dios, que intuye su trascendencia y que exhorta en su nombre a sus contemporáneos a la conversión. Humilde y piadoso, el profeta no se enorgullece; sabe que no es más que un instrumento divino, y por ello, cuando declara las sublimes verdades del Dios Infinito, da testimonio de su procedencia con la solemne fórmula: "Oráculo de Yahvé". La predicación profética puede referirse al presente o al futuro, dirigirse a un pueblo o a todos los pueblos, transmitirse en prosa o en verso, en parábola oral o en enseñanza dramatizada. Los criterios de autenticidad de la predicación profética son la conformidad con la doctrina yahvista y el cumplimiento de los vaticinios. Sus temas son la proclamación de Yahvé como el único verdadero Dios y Señor de todas las naciones, su Santidad, su misterio, su providencia y misericordia con el hombre, su justicia y fidelidad a su alianza, su perdón, su bondad y su ternura. El hombre en cambio es impuro e infiel, necesitado en todo tiempo de la ayuda divina y de la salvación que le viene de un Dios al que debe convertirse de todo corazón.

A medida que avanza la revelación, se perfila con gran nitidez en la predicación profética la expectación de un Rey, Mesías o Ungido de Yahvé, depositario por excelencia de su Espíritu, que será descendiente de David, que inaugurará un Reino de Paz y que será Príncipe, Mediador y Pastor.

No todos los profetas fueron igualmente inspirados. Hubo muchos anónimos que simplemente se reunían en comunidades para llevar vida piadosa. No todos tampoco dejaron obra escrita, por lo que no se les aplica el adjetivo de "canónicos", ya que el "canon" es el conjunto de los libros que, por considerarse divinamente inspirados, componen la Biblia. Los profetas surgieron tanto en el Reino del Norte como en el del Sur. Dos notables profetas no canónicos cuyos hechos se narran en los *Libros de los Reyes* fueron Elías y su discípulo Eliseo, ambos relacionados con el Reino del Norte.

Vivió Elías en el siglo IX antes de Cristo y se encaminó su misión a corregir las infidelidades de Ajab, rey de Israel, que no sólo mantuvo el cisma político-religioso que había inaugurado Jeroboam al impedir a sus súbditos adorar a Dios en Jerusalén, sino que se casó con Jezabel, hija del rey de los sidonios, a cuyo dios, Baal, edificó en Samaria un santuario. A causa de esta apostasía, Elías se dirigió a Ajab diciéndole: "vive Yahvé, Dios de Israel a quien sirvo. No habrá estos años rocío ni lluvia más que cuando mi boca lo diga".³

Se ausentó Elías de la comarca y al cabo de tres años en que la sequía se había vuelto insoportable, se dejó ver nuevamente del rey a quien convenció de que reuniera a todo el pueblo y a los sacerdotes de Baal en el Monte Carmelo. Ahí retó Elías a estos a que entraran en competencia abierta con él

³ 1 Reyes 17, 1.

para que su dios, si tal era, enviara fuego del cielo a consumir la ofrenda que iban a sacrificarle. “Invocaréis el nombre de vuestro Dios”, les dijo; “yo invocaré el nombre de Yahvé. Y el dios que responda por el fuego, ése es Dios”.⁴ Elías se refería a la ofrenda que él por su parte ofrecería a Yahvé. Es de notar que en esta competencia no se trataba de saber cuál de los dioses era más fuerte, sino cuál es el único verdadero Dios.

88

Acto seguido invitó el profeta a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal a que fueran ellos los primeros en obtener aquel singular milagro de su dios. Los interpelados danzaron y se sajaron con cuchillos y lancetas hasta pasado el mediodía, diciendo, “Baal, respóndenos”, y no sucedió nada. “¡Gritad más alto! —comentaba con sorna Elías— porque es un dios; tendrá algún negocio, le habrá ocurrido algo, estará de camino; tal vez esté dormido y se despertará”.⁵ Ellos terminaron por ponerse en trance y no hubo quién respondiera.

Entonces Elías invitó al pueblo a acercarse. Reparó el altar de Yahvé, colocó doce piedras en nombre de las doce tribus e hizo una zanja que rellenó con sembrado. Luego mandó que por tres veces la anegaran. Preparó enseguida la ofrenda sobre la leña y oró fervorosamente: “Respóndeme, Yahvé, respóndeme, y que todo este pueblo sepa que tú, Yahvé, eres Dios que con viertes sus corazones”, dijo. Al instante vino fuego del cielo que consumió la ofrenda y la leña y lamió el agua de la zanja. Conmovido el pueblo exclamó: “Yahvé es Dios, Yahvé es Dios!”⁶ En castigo, Elías degolló a los sacerdotes de Baal⁷ y esa misma tarde comenzó a llover copiosamente gracias a la oración del profeta.

Elías se atrajo la ira de la reina Jezabel a causa de los sucesos que acabo de relatar, y tuvo que huir al sur de Palestina, y más allá, hasta el Horeb o Sinai. En la montaña santa, Dios se le hizo presente bajo la forma de suave brisa, en señal de espiritualidad, y oyó una voz que le decía: “¿Qué haces aquí, Elías? “El respondió: “Ardo en celo por Yahvé, Dios Sebaot,⁸ porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus alteres y han pasado a espada a tus profetas: quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela”. El Señor lo consoló y le predijo cómo habría de reservar para sí siete mil de Israel: “todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no lo besaron”.⁹

⁴ *Ibid.*, 18, 24.

⁵ *Ibid.*, 18, 27.

⁶ *Ibid.*, 18, 37-39.

⁷ Se les castiga como enemigos vencidos en batalla, ya que se trata de una guerra entre Yahavé y Baal.

⁸ “Yahvé Sebaot”, Dios de los Ejércitos o de las potestades celestes.

⁹ *Ibid.*, 19, 14-18.

No sólo respecto de Dios fue enérgico y celoso Elías. También frente a la injusticia de los poderosos que atropellan a los pobres levantó la voz. Tal fue el caso de Nabot, un israelita piadoso dueño de una viña, a quien la impía Jezabel hizo víctima de falso testimonio e hizo morir para que el rey, su marido, pudiera quedarse con la propiedad. Elías denunció valerosamente la verdad de los hechos y le predijo a la pareja real que morirían de modo tan desastroso, que los perros lamerían su sangre, cosa que se cumplió cabalmente.

Elías fue arrebatado al cielo en un carro de fuego, no sin antes heredar su espíritu a su discípulo Eliseo quien continuó la obra y los milagros de su maestro. Después de Moisés, es Elías el personaje más ilustre del Antiguo Testamento. La escatología judía afirmaba que debía regresar. Jesús dijo que Elías había venido en el espíritu de Juan Bautista, su precursor.

89

En el pasaje de la transfiguración que narran los evangelistas sinópticos (*Mateo 17, Marcos 9, Lucàs 9*), Moisés y Elías se aparecen en la cima de un monte dialogando con Jesús sobre su próxima pasión. Existe también la creencia de que Elías vendrá al fin del mundo a sostener a los justos cuya fe peligre a causa de la persecución del Anticristo.

Los profetas canónicos se dividen en mayores y menores, llamados así estos últimos por ser su obra más corta, aunque no menos auténtica que la de sus colegas mayores. Entre los menores, llama mucho la atención Oseas, que en el siglo VIII usó la experiencia del adulterio de su esposa como parábola para expresar la relación entre Yahvé y su pueblo. “Oseas ha amado, ama todavía a una mujer que lo ha traicionado; así Yahvé ama siempre a Israel infiel, ‘prostituido’ a los dioses falsos, y, después de haberlo probado con el destierro, le devolverá las alegrías del primer amor”.¹⁰ Dice Yahvé por boca de Oseas refiriéndose a la nación israelita: “Por eso yo voy a seducirla; / la llevaré al desierto /y hablaré a su corazón”. Y hablando con ella añade: Yo te desposaré conmigo para siempre; / te desposaré conmigo en justicia y en derecho, / en amor y en compasión; / te desposaré conmigo en fidelidad, / y tú conocerás a Yahvé.¹¹

Esta imagen de la unión matrimonial aplicada a Yahvé y a su pueblo prevalece a lo largo de toda la predicación profética de los Evangelios y del Nuevo Testamento. Jesús será el esposo de la Iglesia, la cual descenderá del cielo como la Novia, la Esposa del Cordero, en *Apocalipsis*, 21, 9.

Palestina, patria de los profetas, ubicada geográficamente en un sitio muy codiciado, en el Asia Menor frente al Mediterráneo y en medio de lo que fueron los grandes imperios de la Antigüedad: Egipto al Suroeste; Asiria y

¹⁰ Biblia de Jerusalén. Nota al Libro de Oseas.

¹¹ *Oseas 2, 21-22.*

Babilonia al Noreste, entre los cuales constituía una especie de corredor estratégico por motivos políticos y comerciales. La amenaza de los asirio-babilonios que terminaría con el exilio de los israelitas y de los judíos a manos de sus conquistadores, fue especialmente crítica a partir del siglo VIII, en que cayó el Reino del Norte conquistado por Sargón II, y en que el Reino del Sur fue invadido, aunque no rendido esa vez por Senaquerib. En esta época profetizó Isaías, en la tierra de Judá, cuya obra está a la altura de lo mejor de la literatura universal y con la que el hebreo llegó a la perfección clásica. Con todo, no es su libro, que tal como aparece en la Biblia abarca un periodo de más de doscientos años, obra de un solo autor. Colaboraron en él varios discípulos de la misma escuela. Se distinguen en esta profecía tres partes; el primer Isaías, capítulos 1-39, que data del siglo VIII, época anterior al destierro de los judíos. Su autor fue un “poeta ligado a la corte que hace resaltar el tema dinástico conforme a la promesa hecha por Dios a David”.¹² La segunda parte o “Libro de la consolación capítulos 40-55, es de un autor que, a falta de mejores datos, se ha llamado Deutero-Isaías, y que es contemporáneo del exilio en Babilonia (587-558 antes de Cristo). Su tema principal es “el segundo éxodo”, el retorno de los desterrados a Jerusalén tras la caída de Babilonia en manos de los persas y el edicto de Ciro que les permitió volver a su patria. Este hecho gozoso tiene un alcance ilimitado, pues pone de manifiesto que el Señor corrige, pero perdona; que su misericordia no tiene límites y que él es el Señor de la historia. El segundo Isaías es un teólogo eminente y un inspirado poeta.

La tercera parte, o Trito Isaías, capítulos 56-66, pertenece al período post-exílico, y por tanto uno de sus temas principales es “la restauración del pueblo fiel y de la ciudad santa, en que hay también sitio para los gentiles”.¹³ Esta colección tiene un carácter escatológico que rebasa el presente de sufrimiento y de pecado.

El primer Isaías fue llamado a la vocación profética en el 740 antes de Cristo en el Templo de Jerusalén, donde tuvo la visión del Señor Dios alabado por los serafines que repetían: “Santo, santo, santo, Yahvé Sebaot; llena esta toda la tierra de su gloria”.¹⁴ Anonadado, el vidente se sabe hombre de labios impuros, los cuales purifica uno de los serafines con un tizón encendido para prepararlo a su misión de anunciar la palabra del Señor. Su mérito consiste en su disponibilidad ante la invitación divina: “Heme aquí, envíame” dice, como más tarde Jesús y sus discípulos.

¹² Nueva Biblia Española.

¹³ *Idem*.

¹⁴ *Isaías*, 6, 3.

Un poco más adelante, en la colección llamada *Libro del Emmanuel*, hace Isaías una notable predicción que se mira como tipo o figura¹⁵ de la concepción virginal del Mesías: “He aquí que una doncella está encinta, y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel” (Dios con nosotros)¹⁶ En los capítulos siguientes exulta el profeta de júbilo en el gozo que verán los gentiles a causa de este nacimiento:

Porque una criatura nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado.
Estará el señorío sobre su hombro,
y se llamará su nombre
“Maravilla de Consejero”,
“Dios Fuerte”,
“Siempre Padre”,
“Príncipe de Paz”.¹⁷

91

Edad de oro, de sosiego y armonía sera aquella en que reine el Cristo, “el descendiente de David”, parecida a la que preconizaba Virgilio, el más cristiano de los poetas paganos, en su *Égloga IV*:

“Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo Monte,
porque la tierra está llena del conocimiento
de Yahvé,
como cubren las aguas el mar”.¹⁸

Muchos profetas fueron mártires de su ministerio. Según la tradición, el primer Isaías murió aserrado por orden del impío Manasés, rey de Judá. Por su interés y sabiduría en lo que tocaba a los asuntos públicos, se le considera “héroe nacional”.

No menos patriota fue su sucesor, el segundo Isaías, que en sus cuatro *Cantos del Siervo* de Yahvé (capítulos 42, 49, 52 y 52-53 de su libro), dejó un bosquejo sublime del Israel elegido de Dios, purificado por las tribulaciones del destierro y víctima expiatoria de los pecados universales. En pasajes con-

¹⁵ El sentido típico de la Biblia es parte de su sentido espiritual que atiende no sólo a las palabras y realidades inmediatas, sino a lo que se esconde tras de esas palabras y a lo que vendrá después. Es un elemento de unidad a lo largo de las Sagradas Escrituras, por el que muchos hechos, cosas y personas anticipan hechos, cosas y personas del Nuevo Testamento.

¹⁶ *Ibid.*, 7, 14.

¹⁷ *Ibid.*, 9, 5.

¹⁸ *Ibid.*, 11, 9.

movedores de gran fuerza imaginativa, se funde este personaje misterioso con el propio Jesús, y no puede ser otro que el Redentor crucificado:

92

El ha sido herido por nuestras rebeldías,
molido por nuestras culpas.
El soportó el castigo que nos trae la paz,
y con sus cardenales hemos sido curados.
Todos nosotros como ovejas erramos,
cada uno marchó por su camino,
y Yahvé descargó sobre él
la culpa de todos nosotros.
Fue oprimido, y él se humilló
y no abrió la boca.
Como un cordero al degüello era llevado,
y como oveja que ante los que la trasquilan
está muda, tampoco él abrió la boca.¹⁹

Así proclamaba el profeta, ya desde el Antiguo Testamento, un elemento básico del humanismo cristiano: el sacrificio que aceptado con mansedumbre, purifica y salva.

Para la glorificación de los humildes que exalta el Señor, compuso una bellísima oda el tercer Isaías en que se prefigura el esplendor de la Iglesia universal:

¡Arriba, Jerusalén, resplandece, que ha llegado tu luz,
y la gloria de Yahvé sobre ti ha amanecido!
Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra,
y espesa nube a los pueblos,
mas sobre ti amanece Yahvé,
y su gloria sobre ti aparece.²⁰

Este profeta denuncia también sin ambages la hipocresía y la falsa piedad que es insoportable a los ojos del Señor:

[...] el día que ayunabais,
buscabais vuestro negocio
y explotabais a vuestros trabajadores

¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero:
desatar los lazos de la maldad,

¹⁹ *Isaías*, 53, 5-7.

²⁰ *Isaías*, 60, 1-2.

Los profetas y la invitación apremiante de Yahvé

deshacer las coyundas del yugo,
dar la libertad a los quebrantados...?

¿No será partir al hambriento tu pan,
y a los pobres sin hogar recibir en casa?²¹

Por su afinidad con el Nuevo Testamento, por lo atinado de sus vaticinios sobre Cristo y la Iglesia, por la excelencia y riqueza de su doctrina, ha sido llamado Isaías “el primero de los evangelistas”, su lectura es además un verdadero deleite.

Los otros tres grandes profetas, Jeremías, Ezequiel y Daniel, son también interesantísimos. Jeremías fue un hombre de corazón dulce y pacífico para quien la vocación profética que lo obligaba a anunciar constantemente la inminente ruina de Jerusalén y la deportación de sus habitantes, a amonestarlas a la conversión y a contradecir a los mentirosos y contemporizadores que se burlaban de él y lo perseguían, constituyó un verdadero martirio. Con él y con sus sucesores, la religión se espiritualiza, porque Jeremías rechaza el culto meramente exterior y convencional y propugna una entrega interior y de todo corazón a Yahvé, que sondea los entresijos de los corazones y retribuye con cabal justicia a cada uno según sus obras. El pecado rompe la amistad con él. Por esta religión interior es Jeremías el padre del judaísmo en el mejor sentido de la palabra, y anticipa la declaración de Jesús respecto a que “Dios es espíritu y los que adoran, deben adorar en espíritu y en verdad”.²²

Jeremías fue testigo del asedio de los babilonios a Jerusalén en el 587 antes de Cristo; vio las murallas de su amada ciudad caídas, el templo arrasado. Por ello se le ha atribuido la serie de cinco inspiradas elegías llamadas *Lamentaciones* por la ruina de la ciudad, que se personifica como joven hermosa o como matrona fecunda, ahora afrentada, violada, viuda sin hijos, arrepentida de sus culpas, que han sido la causa de la desgracia que Yahvé ha permitido sobre ella:

¿A quién te compararé? ¿A quién te asemejaré,
hija de Jerusalén?
¿Quién te podrá salvar y consolar,
virgen, hija de Sión?
Grande como el mar es tu quebranto,
¿quién te podrá curar?²³

²¹ *Ibid.*, 58, 3; 6; 7.

²² *Juan*, 4, 24.

²³ *Lamentación*, 2a. 13.

A diferencia de los profetas que hemos mencionado, que fueron laicos, Ezequiel es un sacerdote para quien el Templo y la Ley de Moisés están siempre presentes. Ejerce su misión entre el 593 y el 571; por eso en la primera parte de su profecía abundan los reproches y las amenazas anunciando el asedio de Jerusalén y exhortando como sus predecesores a la conversión. A menudo, por inspiración de Yahvé, presenta él alegorías, y dramatiza acciones simbólicas que llamen eficazmente la atención de sus paisanos, como cuando se viste de deportado y hace un agujero en la pared para significar cómo tendrán que salir de la ciudad los mejores del pueblo de Dios cautivos de Nabucodonosor.

94

En contraste también con la creencia antigua de que la responsabilidad del pecado puede achacársele a las generaciones pasadas —“Los padres comieron uvas agraces, y los dientes de los hijos sufren la dentera”—, proclama la doctrina más exigente, de la responsabilidad individual: “El que peque, es el que morirá”.²⁴

El profeta acompañó a los judíos durante la toma de Jerusalén y marchó con ellos al exilio. Entonces, como vocero de Yahvé cuyos sentimientos conoce e interpreta, sostiene la fe de los deportados y aviva su esperanza en la misericordia divina que les deparará tiempos mejores. Anticipándose a la alegoría del Buen Pastor en el Evangelio de san Juan, presenta al Señor preocupado por cada una de sus ovejas. Es además un visionario que revela las cosas futuras, como en la profecía de los huesos secos, donde vaticina la restauración mesiánica del pueblo de Dios y orienta el espíritu hacia la esperanza en la resurrección de la carne: Así dice el Señor Yahvé a estos huesos: “He aquí que voy a hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os infundiré espíritu y viviréis; y sabréis que yo soy Yahvé”.²⁵

En el *Libro de Daniel*, el último de los profetas mayores, nos situamos con un gran salto en el siglo II antes de Cristo. Su autor anónimo utilizó a un justo y sabio de los tiempos antiguos como protagonista de su obra, que tiene como fin sostener las convicciones religiosas de los judíos perseguidos por Antíoco Epífanes. Daniel y sus compañeros aparecen como personajes ejemplares que sufrieron persecución cuatro siglos antes en Babilonia, y cuya fe, avalada por Yahvé con notables prodigios, logró que se reconociera en aquel ambiente pagano el poder del único verdadero Dios. Este es el tema de los seis primeros capítulos. En la segunda parte, capítulos 7-12, el libro se torna apocalíptico. Se hallan en esa sección visiones en que los secretos de Dios son descubiertos

²⁴ Ezequiel, 18, 2; 4.

²⁵ Ezequiel, 37, 5.

por ángeles y seres misteriosos, mensajeros del Altísimo. Se anuncia entre otras cosas el despertar de los muertos a la vida o al oprobio eternos, y se prefigura la glorificación de la humanidad en la persona de un “Hijo de hombre” que viene “en las nubes del cielo y es presentado el “Anciano de días”.

A él se le dio el imperio,
honor y reino,
y todos los pueblos, naciones
y lenguas le sirvieron.
Su imperio es un imperio eterno
que nunca pasará y su reino no será destruido jamás.²⁶

95

Cristo Jesús se dio a sí mismo el título de “Hijo de hombre”, como consta a lo largo de los Evangelios, y a él atribuye la Biblia el cumplimiento de este estupendo vaticinio cuando, tras de padecer y resucitar, suba al cielo y se sienta a la derecha del Padre.²⁷

En conclusión, profeta es alguien que no sólo anuncia el porvenir, sino que proclama la palabra divina, ante todo con el ejemplo. Los profetas jalonan toda la historia de Israel, especialmente desde el siglo VIII hasta el VI, pero sin faltar hasta la venida de Cristo. En cierto modo, Juan el Bautista es el último gran profeta del Antiguo Testamento al que le fue dado conocer y presentar personalmente al Mesías que sus antecedentes habían vislumbrado. Los profetas representan un ideal de fe de compromiso, de fidelidad, de integridad de vida y de servicio a la causa de Dios y de su pueblo que colma no sólo las aspiraciones de la santidad, sino las del heroísmo humano más exigente. Sus advertencias y represiones fueron la semilla con que se desarrollaron los más altos valores de la conciencia moral antes del advenimiento del cristianismo. Pero supieron también ser compasivos con la humanidad caída, recordando despecho de la veleidat del hombre, que hoy como antes, adora a los baales, llámense éstos prepotencia, placer, egolatría, codicia y hasta progreso técnico, que seducen y enajenan su corazón.

La literatura profética es extraordinariamente rica y variada dado que se desarrolló a lo largo de muchos siglos y en condiciones muy diversas. Como hemos visto en esta rápida revisión, aparecen en ella lo mismo el oráculo que la visión y la alegoría, la exhortación que el relato, la explosión lírica que el recurso a la dramatización; *pero su constante más sorprendente es su intensidad*, que procede de la tremenda fuerza de convicción con que fue creada: la creencia en un Dios único a la vez oculto y manifiesto, Rey y

²⁶ Daniel, 7, 13-14.

²⁷ Hechos, 7, 55.

Señor, que propone y exige, escucha y salva, castiga y consuela, que guía y dirige la historia y que ha escogido a Israel entre todas las naciones y celebrado con ella un pacto tan trascendental y absoluto que definirlo y recordarlo demanda el manejo de todos los recursos de la retórica y de las fuerzas de la imaginación, que rompen, por así decirlo, los moldes del lenguaje. De ahí que el lector que frecuenta la Biblia, por más familiarizado que esté con ella, no dejará de sorprenderse cada vez que compruebe la eficacia de la palabra profética que le trasmite de modo magistral ese sentimiento singular e inefable que es la experiencia religiosa.

96

Bibliografía

A. ROBERT y A. Ticot, *Iniciación Bíblica*. 3a. ed. Trad. de la tercera edición francesa "refundida" por Juan M. Abascal. México, Jus, 1967; B. Orchard, E. F. Sutcliffe, R. Fuller y R. Rusell. *Verbum Dei, comentario a la Sagrada Escritura III*. Barcelona, Herder, 1960.

ALONSO SCHÖKEL L. y Juan Mateos, *Nueva Biblia Española*, edición Latinoamericana. Madrid, Cristiandad, 1976.

ALONSO SCHÖKEL L. y Juan Mateos, *Isaías*. Madrid, Cristiandad, 1968. (Los libros sagrados)

BUCKNER, B. Trawick, *The Bible as Literature*, Nueva York, Barnes & Noble, 1975.

RICCIOTTI, G., *Historia de Israel*. Barcelona, Miracle, 1960.

MONLAUBON R., *Profetismo y profetas*. Madrid, Fax, 1970. (Actualidad bíblica)

UBIETA José Angel y colaboradores; *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Descleé de Brouwer, 1984.